

Páginas Ilustradas

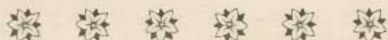
Revista Semanal

Año V ★ Director, Próspero Calderón ★ No. 182



Señorita Angela Castro

Fot. Paynter

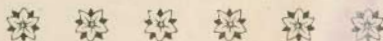


¡Adiós al naturalista!

La muerte inesperada del Profesor don Pablo Biolley representa una pérdida irreparable para Costa Rica: en su familia deja un vacío que nadie podrá llenar; en la educación de la juventud el eco de su voz se hará sentir mientras vivan los que fueron estudiantes durante los últimos veinte años; sus amigos habrán de recordarlo siempre con cariño. Pero sobre todos esos afectos hay otro recuerdo más perdurable todavía: es el de su personalidad como naturalista colector de primer orden, desinteresado hasta el extremo de convertir la ciencia en un verdadero sacerdocio. En las últimas esferas de la Historia Natural encontramos su nombre ligado al de los especialistas, era el preparador de la materia prima con que los sacerdotes de las Ciencias Naturales oficiaban en el altar sagrado del saber. No existe un gremio de naturalistas en el mundo que no conozca al Profesor Biolley como investigador incansable; los libros que tratan de zoología y botánica, con especialidad de Costa Rica, están saturados de su nombre; rara será la región apartada de nuestro territorio que no le deba la revelación de alguna especie nueva. Nadie absolutamente ha trabajado tanto como él en los invertebrados de Costa Rica. Esa es la fase menos conocida entre nosotros de la actividad del malogrado Profesor y, sin embargo, es la que representa los mayores esfuerzos de su vida y la que se encargará de conservar su nombre á través de las generaciones futuras, porque las ciencias no tienen fronteras, ellas abarcan la inteligencia humana sobre todos los países. Más tarde, cuando la infausta noticia circule por las revistas de ambos mundos, veremos cómo nuestro pesar por la muerte del Profesor Biolley es un pesar universal. Sus restos mortales descansan en el regazo de la madre tierra que tanto amó; el recuerdo de su actividad vivirá latente en los anales del saber humano.

A. Alfaro

Enero 1908.



Licenciado don

Manuel Vicente Jiménez

Mal ha comenzado el año bisiesto. Uno de los hombres más importantes del país ha muerto; sus funerales, hechos con toda pompa por el Gobierno de la República, en medio de la consternación general, son una prueba de los méritos relevantes que adornaron al Licenciado don Manuel Vicente Jiménez.

Perteneciente el Licenciado Jiménez á una de las mejores familias de Cartago, educado en un ambiente religioso de la más pura moral, todos los actos de su vida llevan el sello de una bondad encantadora. Como hijo fué un tesoro de cariño, como padre una fuente inagotable de dulzura, y como hombre público un modelo de honradez, de rectitud y mansedumbre. Humilde y afectuoso cuando la dicha acarició su vida; sereno y fuerte en los reveses de fortuna sin una manifestación de orgullo en la opulencia, sin reproches en la adversidad, el Licenciado Jiménez pudo despedirse del escenario terrenal, con la conciencia tranquila, con la convicción íntima de no haber cometido jamás una mala acción. Los se-

sesenta y cuatro años de su vida son un ejemplo digno de imitarse; deja una familia rodeada de las mayores consideraciones sociales, y á la patria le lega un nombre de Magistrado puro, que supo imprimir á la justicia nacional el sello de pureza y rectitud que la caracteriza.

Como Juez, como Magistrado, como Ministro de Estado, y como Presidente del Colegio de Abogados, tuvo siempre oportunidad de revelar su temperamento estudioso, recto y humanitario. ¡Dichosos los que pueden al morir, estrechar el Cristo entre sus brazos, sin buscar en él amparo de pecador arrepentido sino al maestro cuya doctrina se procuró seguir en todo el curso de la vida!



Honras tñebres

Para Páginas Ilustradas

—¡; Señores viajeros, al tren!

Y al oír al mozo de la estación dar con estentórea voz el aviso, sorbimos el llamado café, pagamos precipitadamente el almuerzo, más visto que comido, y volvimos á nuestro compartimento del coche, que, hacía ya siete horas que nos servía de domicilio móvil.

Tres éramos los viajeros que habíamos salido de X. camino de Madrid, con objeto bien distinto por cierto.

Juanito Pastor, médico recién titulado, iba á doctorarse: Guillermo Roca, diputado primerizo, lleno de entusiasmo y de ilusiones; con la cabeza preñada de planes y proyectos, resuelto á decir verdades como puños en las Cortes soberanas en las que había de plantear y resolver todos los problemas, que hacía 50 años traían preocupados á ministros y estadistas, y á no cesar hasta convertir á España en un paraíso sin Adán, Eva ni serpiente.

El tercer viajero, muy servidor de ustedes, al que pueden llamar Ezequiel, si gustan, vecino de Madrid á donde regresaba después de desempeñar en X. una misión casi diplomática, en un asunto privado del entonces señor Ministro de Estado.

Mi permanencia de más de cinco meses en X. me había proporcionado entrar en relaciones con Juanito Pastor; relaciones que bien pronto se estrecharon grandemente por mutua simpatía. Con Guillermo Roca éramos ya antiguos amigos. Sus frecuentes viajes á Madrid, donde siempre tenía asuntos pendientes en ministerios y oficinas, le habían obligado á tropezar conmigo repetidas veces. De estos tropezones nació una franca y sincera amistad que había tomado mayores proporciones é intimidad en X., ciudad en que fué mi inseparable compañero y guía, así en asuntos formales como en los que no lo eran tanto.

Bueno. Pues, como iba diciendo, volvimos á nuestro coche, no sin antes comprar buen golpe de periódicos de Madrid que acababan de llegar á la estación fonda en que se cruzaban los trenes.

Sonó la campana; silbó la locomotora y *trak-trak-catatrak*, arrancó el pesado convoy. Tomamos todos las posiciones más cómodas; nos apoderamos, cada uno, de un periódico y apenas pasados por el suyo los ojos, dijo Guillermo:

—Hombre, Ezequiel! ¿Sabes quien ha muerto?

—¿Quien?

—Oye: "El Excelentísimo é Ilustrísimo señor don Augusto de la Vega Campollano y Rodríguez de la Mota-Sarsfield, Marqués de tal y Conde de cual y &. &..... ha fallecido habiendo recibido los sacramentos y la bendición apostólica. Sus sobrinos, demás parientes y albaceas testamentarios al participar, &. &".

—¿Qué lástima!—dije.

—¿Era buena persona?—preguntó Juanito.

—¿Qué lástima!—repetí, añadiendo—que no hubiese muerto quince años antes!

Pero, ¿no habla la esquila de su hijo?

—No; mira, sólo dice sobrinos y demás parientes.

—Sobrinos..... ¡ah sí! serán los hijos de su pobre hermana Rosa. Pero ¿cómo no se nombra á ésta viviendo?

—Pero V.— me dijo Juanito insistiendo—conocía bien á ese caballero? ¿No habrá confusión?

—Ninguna: le conocía tanto como pudiera conocerle su propia madre; y añadiré que, aún ahora, después de muerto, tengo gran pena de haberlo conocido. Augusto ha sido amigo mío, aunque me llevaba alguna edad. Yo le tuve siempre por calavera y mala cabeza, pero tantos hay así que no había por qué reprocharle. Mas llegó una ocasión en que me convencí de que era un canalla; se lo dije y reñimos para siempre. Es más; anduve tras él algunos días buscando el momento de abofetearlo en público, no tuve la suerte ó la desgracia de realizarlo y lo dejé. Después me pasó la rabia y me quedaron el odio y el desprecio; no volví á saludarle y no me oculté de nadie para decir cuanto él se merecía.

—En fin—dijo Guillermo—ya murió y no hay que cebarse en su cadáver.

—Oye, oye, Guillermo; parece esa indirecta un conato de admonición y no te la admito. Bien sabes que, si no por temperamento, soy por educación tolerante y sé vivir en el mundo que vivo; pero hay cosas que me sacan de quicio y una de ellas es que se trompetee tanto la fama de todo el que muere con un par de excelencias ó ilustrísimas por delante.

Ya muerto no tengo por qué alimentar el odio contra Augusto; pero ten por seguro que si yo hubiera asistido al entierro, habría puesto una advertencia á todos los discursos encomiásticos, que se habrán pronunciado.

—Señores—hubiera dicho—entierren ustedes en paz al muerto y déjense de cantar alabanzas que no merecía”.

—Vamos, Ezequielillo; se conoce que te hizo alguna jugada y no se la perdonas.....

—¿A mí? Estás en un error. Ni directa, ni indirectamente me hizo perjuicio; pero una sola acción suya, con otra persona, le puso, á mi juicio, muy por debajo de todo lo que llamamos miserable y repugnante. Y..... vaya: sean ustedes jueces, si quieren, y les referiré el caso.

—Si no es cosa espeluznante..... —dijo Juanito.

—Es, por el contrario, muy corriente entre..... los que no tienen vergüenza.

Guillermo se tendió todo lo largo que pudo en el asiento y con enfática entonación dijo:

—Tiene la palabra su señoría.

—Pues ya que están en vena de oírme, voy á echármelas de novelista, procurando dar á mi narración todo el incentivo necesario para que no resulte pesada.

CAPÍTULO I

En que se presentan los primeros personajes

En un piso cuarto, con todos los honores de quinto, de la calle de la Flor, vivían doña Clara, viuda de Almendares y su hija Consuelo. Don Vicente Almendares, difunto esposo y padre, había pertenecido al Ejército llegando al empleo de comandante, que ganó á costa de algunas heridas, y poseyendo una hoja de servicios limpia de toda mácula. Esta y los galones que lucía en la bocamanga, amén de media docena de condecoraciones que honraban su pecho, eran todos los bienes que constituían el patrimonio de don Vicente, sin que en su vida hubiese alimentado más ambiciones que las legítimas de adelantar en su carrera cumpliendo su deber, única norma de conducta adoptada desde que vistió el uniforme.

Un día, para él desgraciado por las consecuencias que produjo, fué llamado por el coronel de su regimiento, el que le habló así, poco más ó menos:

—Don Vicente: tengo que saber, por su propia boca, si se halla usted dispuesto á obedecer una orden que pienso darle.

—Mi coronel,—contestó Almendares—con su permiso le diré que me parece ociosa la pregunta. Mi cualidad de inferior y mi deber militar me obligan á obedecer sin discutir y sin observar las órdenes de mis jefes.

—Eso ya lo sé: pero la orden de que se trata podrá ser que le sorprenda porque no deja de ser extraña, y pudiera creer usted oportuno consultarla con alguien superior á mí, antes de obedecerla.

—Mi coronel, si por acaso se me ocurriera, su advertencia es bastante para que obedezca sin consultar. Sea lo que fuere lo que V. me ordene, he de suponer que á su vez cumple órdenes superiores y por lo tanto obedezca sin vacilar.

—Es que—insistió el coronel marcando las palabras—precisamente puede ocurrir que yo no tenga esas órdenes superiores y obre por mi cuenta y riesgo.

—Por eso he dicho—contestó Almendares—que he de suponer que las tiene, y á esa suposición, cierta ó incierta, me atengo para obedecer.

—Pues bien;—dijo ya resueltamente el coronel—mañana á las ocho de la noche y aprovechando la circunstancia de que está V. mandando accidentalmente el primer batallón, lo saca V. del cuartel, armado y equipado, y lo lleva al de artillería de montaña en el cual, y de un jefe superior, recibirá V. instrucciones más concretas.

—¿Y la oficialidad?—objetó Almendares, comprendiendo ya de lo que se trataba.

—Los capitanes están, casi todos, conformes así como los subalternos; y á éstos puede usted añadir los sargentos de todo el batallón.

—Comprendo, mi coronel, y sólo me permito preguntar, ¿con qué bandera?

—Con la andera republicana; y puede V. contar conque sí, como espero, se triunfa, no quedará sin recompensa su cooperación patriótica.

—Por la simpatía que me inspira la idea, y no por otra razón, voy á faltar por primera vez á mis deberes militares y á la bandera que he jurado; por amistad y por cariño á V., mi coronel, le seguiré en este movimiento en el que, con franqueza lo diré, no confío; pero desde ahora le aseguro que aún en caso, muy dudoso, de triunfo, no deseo, ni pretendo, ni aceptaré recompensa alguna. Mi conciencia me dice á gritos que cometo la más grave falta que un militar puede cometer, y Dios quiera que no tenga más adelante que acusarme de las vidas que, tal vez, sacrifique; pero mi palabra está dada y cuento V. conmigo y con la seguridad de que cumpliré sus órdenes sin vacilar.

—Para su tranquilidad le diré que, á la cabeza del movimiento se pone el brigadier N. y no debe V. ignorar con los elementos que cuenta, ni con quien obra

de acuerdo. Yo, que también me preció de militar pundonoroso, lejos de sentir remordimientos, creó que cumplo un patriótico deber haciendo lo posible por cambiar el actual estado de cosas que, convendrá V., no es muy halagüeño.

—No hay discusión, ni es ocasión de que la establezcamos. Una pregunta final: ¿es probable la lucha?

—No lo creo; pero en todo caso será muy breve, pues casi puedo asegurarle que una vez iniciado el movimiento, la mayor parte, si no todos, los demás cuerpos de la guarnición nos secundarán.

—¿Tiene V., mi coronel, algo más que mandarme?

—Nada, porque es innecesario recomendarle la prudencia y reserva.

Y ahí tienen ustedes cómo el comandante Almendares se vió comprometido en un movimiento que todos sabemos cómo y por qué fracasó; teniendo, el pobr-don Vicente y otros compañeros que ganar la frontera de Portugal donde vivió como Dios le dió á entender, hasta que un indulto le permitió regresar á España, aunque con su carrera perdida. Ya en Madrid, y gracias á mil empeños y recomendaciones, pudo conseguir una modesta colocación en una oficina particular, muriendo á los tres años consumido por una afección moral que tenía todos los caracteres del remordimiento. Consuelo tenía entonces doce años.

Que no fué muy agradable la situación en que quedaron doña Clara y su hija, es cosa que se adivina sin necesidad de decirlo. La pobre viuda, que estaba dotada de un carácter entero, y la hija, ya acostumbrada á pobreza y privaciones, se agarraron á la aguja y bien que mal fueron viviendo. En esa época fué cuando yo las conocí y supe cuanto acabo de contarles; y aunque no con frecuencia seguí tratándolas y hasta contribuyendo, indirectamente, á que no les faltara trabajo, amén de, tal cual vez, algún auxilio extraordinario.

Consuelo creció y se desarrolló y..... cojan VV. cualquier novela de esas en que el autor echa mano de todos los símiles y metáforas, hipérbolos y exageraciones para describir la belleza de una mujer, júntenlo todo y aplíquenlo á Consuelo, con tal de que esas descripciones se refieran á una morena, pues morena y muy salada e a la joven. Yo me concreto á decir que realmente era una muchacha bonitísima, considerada físicamente, y muy derecha en el sentido de rectitud de carácter.

Ya había cumplido los diez y ocho años cuando se dió cuenta de que en la vecindad existía quien e había entrado por el ojo derecho. En el piso tercero de la casa en que vivían, doña Clara y su hija, estaba instalada una casa de huéspedes y en ella habitaba, en clase de tal, Antonio Valcarcel cuya filiación y estado civil eran los siguientes: edad veinte y tres años; estado, soltero; prendas físicas muy aceptables; carácter formal con vistas á melancólico, sin padre, ni madre, ni perro que le ladrase. Posición social; oficial segundo de la clase de cuartos en el Ministerio de Fomento con el haber anual de dos mil pesetas, salvo el descuento legal sí que aplastante.

Consuelo y Antonio se vieron, se hablaron, se entendieron y obtenido el consentimiento de doña Clara, que viéndose ya viejecilla sólo aspiraba á colocar á su hija, resolvieron casarse en cuanto algunos ahorros inverosímiles les permitieran sufragar los indispensables gastos del solemne acto.

Pleno idilio doméstico-nocturno al rededor de la mesa, sazonado con las puntadas de las mujeres y las plumadas del joven que haciendo copias se procuraba un ingreso extraordinario que destinaba íntegro al capítulo de gastos sacramentales. Idilio bucólico los domingos, si el tiempo no lo impedía, en la casa de campo, en los viveros ó en la pradera, ó en cualquier otro sitio de los que no abundan por las cercanías de la coronada villa. Tranquilidad presente y en el horizonte de los ensueños, la felicidad ardentemente deseada.

(Continuará)

★

★

★

La dulce mentira

Los niños reuniéronse, como siempre en torno del abuelo.

Todas las tardes el buen viejo les contaba un cuento entretenido.

Aquel día Magnolia, la más espigadita de las nietas, que ya empezaba a echarlas de mujer, dijo al anciano:

—Por Dios, no nos cuentes más mentiras. Cuéntanos algo que haya sucedido, algo histórico, algo cierto.

—¡Ah! ¿Te gusta la verdad?—contestóle el aludido, socarronamente.

—Pues escucha....

Y habló así:

—Era yo teniente de húsares cuando estalló la guerra civil. En el regimiento había otro teniente que se llamaba León Campos, con quien hice pronto migas y á quien cobré fraternal cariño. Nos queríamos, al parecer, como dos hermanos. El se echó una novia. Yo me eché otra novia. Pero él no se conformó con la suya y también enamoró á la mía; mi amada, más fiel que mi amigo, rechazóle dignamente. Campos se mordió los labios y calló el desaire, para guardarnos á ella y á mí, desde aquella negativa, un odio tan profundo como reservado. Ignorante de su traición, seguí brindándole la misma amistad y el mismo afecto. Una mañana íbamos juntos en la extrema vanguardia de la columna, cuando sonó tremenda descarga por el flanco derecho, precisamente al lado de León.

—¿Te han herido?—le grité con angustia.

Por respuesta, mi camarada, lanzándoseme encima, cruzóme el rostro de un sablazo y emprendió la fuga hacia el campo enemigo.

Yo caí tinto en sangre, con el rostro espantosamente desfigurado....

—¡Por Dios, abuelo, qué cuento tan feo!—interrumpió Magnolia.

—¿No querías la verdad?

—No, ya no la quiero; cuéntanos más.... mentiras....

M. Muñoz Bustamante

Melodía de Flauta

A lo lejos se oye de una flauta, una suave melodía que languidece y muere en la onda fría de una tarde lluviosa.

Mi alma se adormece dulcemente bajo la tolda del recuerdo y padece el ensueño triste de la ausencia inacabable de su tierna compañera.

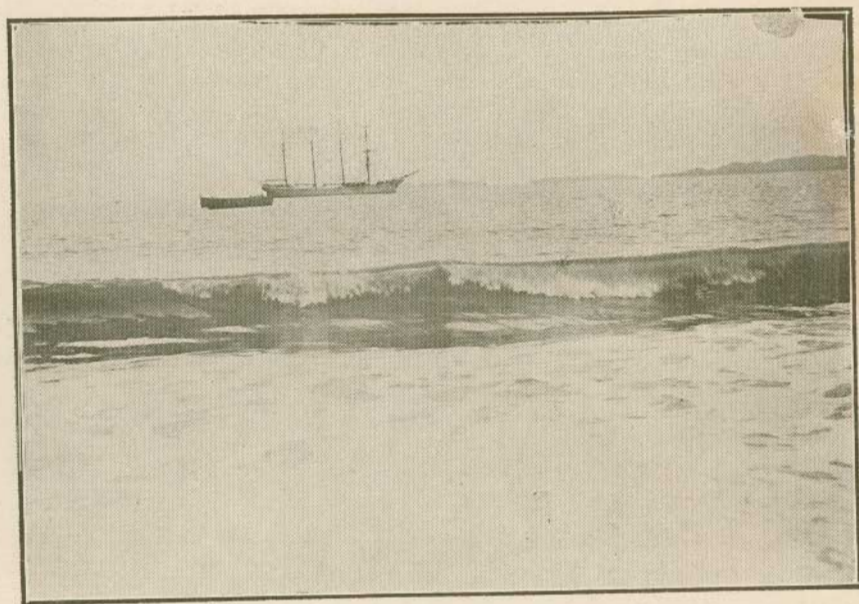
Pobre alma mía; esa lánguida melodía, la envuelve delicadamente en la melancolía de su sér. Y es dulcemente triste el sér de esa suave melodía de flauta que languidece y muere en la onda fría de una tarde lluviosa.

Forge Andueza

Talamanca

Está fuera de toda duda que Talamanca fué conquistada por los españoles al abrirse el siglo XVI, y que junto á las márgenes del río de la Estrella. (Tararia, Tarire) en el mismo recodo que forma la confluencia de los ríos Coén, que baja de Cavecara, y el Araní (Urén), que baja de Viceyta, existieron en otro tiempo la ciudad de Santiago de Talamanca, y su fortaleza llamada San Ildefonso.

Refiere la tradición que, merced á los esfuerzos de su fundador don Juan de Ocón y Trillo, y á la fama de sus ricas minas de oro del



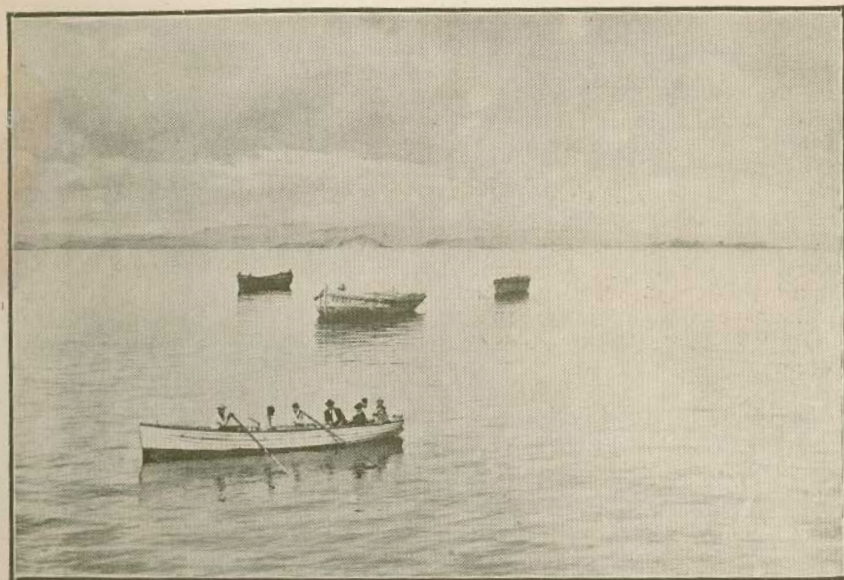
MARINA.—Puntarenas, Costa Rica

Fot. Rudd

Tzingal, la ciudad creció con extraordinaria rapidez; pero que su existencia duró poco, por haberla reducido á cenizas los indios que se sublevaron en 1. 610. Desde aquella fecha, esta conquista que había sido llevada á cabo con tanta facilidad y tan buena fortuna, quedó completamente abandonada. Ya casi nadie se acordaba de ella. Los pocos españoles que escaparon con vida de la general matanza se trasladaron á Cartago, los indios se desparramaron por sus breñas, y el gobernador Ocón, impotente para intentar una nueva fundación, vió desvanecerse para siempre sus ensueños de grandeza y poderío.

Así pasaron cerca de ochenta años, hasta que en 1. 689 dos intrépidos religiosos penetraron, llenos de fe y de esperanza, en las montañas

de Talamanca. Salvando no pocos peligros, redoblando sus esfuerzos, y practicando acciones verdaderamente portentosas, estos dos apóstoles de la fe consiguieron catequizar muchos salvajes y fundar algunas poblaciones. En vista de estos halagadores resultados, y atendiendo al crecido número de indios que existían ahí, á la diversidad de lenguas que hablaban, y á la gran extensión del territorio, los franciscanos de la regular observancia determinaron poner bajo su amparo aquella conquista, y para el efecto aumentaron considerablemente el número de obreros. Sin embargo, fuerza en confesarlo, ni el incansable trabajo, ni la actividad prodigiosa desplegada para convertir aquellos indios en súbditos sumisos del rey de España, fueron bastante para hacer que olvidaran sus antiguas preocupaciones. El culto de los ídolos



MARINA.—Puntarenas, Costa Rica

Fot. Rudd

que habían heredado de sus padres era tan poderoso, que no era fácil que repentinamente cediera su trono secular á la nueva religión. Así fué, que el 28 de setiembre de 1709, volvieron á levantarse hasta diez y seis pueblos, que á costa de innumerables afanes y sacrificios habían logrado reducir. Mataron dos religiosos diez soldados y un niño; incendiaron catorce iglesias y profanaron los vasos y ornamentos sagrados.

Esta era la segunda vez que levantaba el estandarte sangriento de sus iras aquella raza fuerte é indomable, cuya evangelización siempre

fué un problema. ¡Tan difícil es y ha sido en todos los tiempos y lugares, matar en los salvajes el sentimiento de su independencia y libertad!

Después de esta última catástrofe, la misión volvió á quedar abandonada. En 1.742, á instancias repetidas del provincial de San Francisco, el rey en diversas cédulas mandó restaurarla, y dedicándole los fondos necesarios, encontró su difícil ejecución á los hijos de ese convento. Esta vez la empresa tomó un aspecto más lisonjero. Los misioneros se dedicaron con tal solicitud y tal fortuna, que después de indecibles padecimientos, consiguieron bautizar como cinco mil indios, y fundar sobre mejores bases, los pueblos de San José de Orosí y San Francisco Terraba.

Hay fundados motivos para creer que al principio estos pueblos marcharon muy lentamente; pero que por fin y remate, acabaron por encarrilarse con todas las ventajas que proporcionan la vida social. Según una relación, que tengo á la vista, remitida por los misioneros desde Terraba al provincial Fr. José Olavarrieta en 1783, este pueblo contaba en aquella fecha ochentaiocho matrimonios, veinticuatro viudos, ciento cinco solteros y ochenticuatro párvulos de ambos sexos; y el de Orosí, ciento noventa matrimonios, treintinueve viudos, ciento cuarentisiete solteros y ciento cinco párvulos.

En estas misiones sólo se reconocía la autoridad sin límites de los catequistas. Ellos solos eran quienes instruían á los neófitos; los que fabricaban las casas y velaban por su conservación; los que proporcionaban los vestidos; los que sembraban las milpas; los que visitaban los enfermos y les suministraban alimentos y medicinas. Ellos eran los únicos que hacían justicia, y los que entregaban los pueblos al ordinario cuando los juzgaban aptos para soportar el yugo.

“De los trescientos ochentinueve individuos de que se compone este pueblo, (Terraba) dice la relación citada, nueve son infieles que se están catequizando, los demás están instruidos en las verdades católicas, con excepción de algunas viejas que por su mucha rudeza y resistencia á oír la doctrina cristiana, ó no la han aprendido, ó se les ha olvidado. Cumplen anualmente con los preceptos de nuestra madre la iglesia, y entre año frecuentan mucho los sacramentos en los días más solemnes, y santos de su nombre. A la misa y explicación de la doctrina acuden todos con prontitud en los días de precepto, y lo mismo á vísperas y rosarios: en los días de trabajo la mayor parte. En sus enfermedades luego piden y reciben con devoción los sacramentos, y el de la penitencia lo repiten algunas veces durante la enfermedad. Son amigos de hacer bien por las almas de sus parientes difuntos: fáciles para volver á la montaña, y muy difícil el sacarlos. En lo civil y político están como los demás indios de este reino. Tienen gobernador, alcalde, dos regidores y alguacil, á quienes obedecen. Hablan bien la lengua castellana, aunque las mujeres, por falta de comercio son más torpes. A los pasajeros pobres les dan sin interés de comer y de beber. Saben leer muchos, y oficiar la misa y vísperas, y tañen sus instrumentos, como violín, chirimía y guitarra, en estos sagrados oficios, y en los bautismos solemnes de los infieles. Tienen un hato de comunidad con setecientas cabezas de ganado, cincuenta bestias caballares y siete mulares. Además de ésto tienen los particulares como ciento cincuenta reses, muchos caballos y yeguas, y treinticuatro mulas que ellos han comprado. Cogen algún algodón que benefician las indias en mantas y listados muy buenos. Tienen también una fragua con tres herreros

que trabajan hachas, machetés y anzuelos para su uso. Finalmente, son diestros para todos los oficios mecánicos, y para transitar por estas montañas de uno á otro reino con los pasajeros que les pagan bien son sin rival."

En un informe que Fr. José Olavarrieta, de la regular obserban-
cia de San Francisco, Misionero apostólico y Guardián del colegio de
Propaganda Fide de Guatemala, dirigió el 14 de octubre de 1784, al Ca-
pitan General del Reino, decía entre otras cosas:

La reducción de Talamanca, sita en la provincia de Costa Rica,
distante de la ciudad de Cartago más de ochenta leguas, y de ésta de
Guatemala de cuatrocientas á quinientas. Todas aquellas montañas
son unos bosques espesísimos, en terrenos muy fragosos, y se extien-
den de Oriente á Occidente, como ciento y veinte leguas, y de Norte á
Sur, como de treinta ó cuarenta leguas, que es la distancia de los dos
mares por elevación: son tierras quebradas, por ser la cordillera muy
alta y descender de ella muchos arroyos y ríos, cuyas vertientes corren
al Norte. Su temperamento es cálido, aunque en las cumbres hay mu-
cho frío: llueve en lo más del año, y se conserva el suelo siempre húme-
do, por la mayor parte, por lo umbroso de los bosques. Tiene su lati-
tud geográfica en diez grados de latitud septentrional, doscientos no-
venta de longitud, en partes más, y en partes menos, según los rumbos
de su extensión. Lo que producen dichas montañas para la vida huma-
na son plátanos con abundancia, pejívalles, yucas, patatas, mucho
maíz, por que se puede sembrar en todo el año. De animales cuadrúpe-
dos hay solamente jabales, saginos, venados, cabritos: de las aves se
crían paujines, pavas, gallinas de monte, águilas, y otras especies de
pájaros. Por tradición se sabe que hay minas de oro que antiguamente
se beneficiaron.

Talamanca se componía de tribus Cabecaras, Biceitas, Urimanas
y Térebas.

Sus habitantes formaban una raza bárbara y guerrera, de buena
constitución y de gallardas formas. No tenían ningún sistema de go-
bierno, y sobre este particular los indios convertidos, al ser interroga-
dos por los antiguos misioneros, hablaban con suma variedad; unos
aseguraban que se gobernaban por señores ó cabezas, y otros negaban
esto mismo. Creemos que todos decían la verdad, pues consta que aun-
que regularmente vivían sin más leyes que la de los brutos, algunas
veces se sujetaban á la obediencia del salvaje más fuerte de la tribu; pe-
ro lo hacían con tanta inconsecuencia y versatilidad, que en la primera
ocasión que se les presentaba se quitaban de él, regularmente por me-
dio de la traición.

Hacían una vida nómada vagando en grupos de familia por las
montañas, y haciendo rancherías de débil y sencilla construcción allí
donde sembraban sus milpas: dos postes altos y dos bajos, seis tijera-
les y unas cuantas hojas de *bijagua* contemplaban sus chozas, que sólo
habitaban el tiempo necesario para levantar sus cosechas; en cambio,
construían fortalezas inexpugnables en los ásperos picachos, para de-
fenderse en caso de ser agredidos.

Andaban completamente desnudos, reduciéndose todo su vestido
en el hombre, á un ceñidor, y en la mujer, á una faja de algodón de po-
co más de dos palmos, que ellas mismas tejían.

Tales eran los rasgos más salientes de los usos y costumbres de
los indios de Talamanca.

Alberto Luna

Las dos ofrendas

Para Páginas Ilustradas

La mujer ideal palpataba, esperaba. En ese día recibiría el premio, la ofrenda de los ángeles rivales que querían conquistar su alma.

Cayeron rosas encendidas sobre ella; alzó los ojos, y miró ante un ángel hermoso y risueño que le traía la ofrenda de la vida y el amor. Ella tembló de emoción porque la vida tenía esplendores, y amor goces dulcísimos, pero oró enternecida, y rechazó la ofrenda. El ángel voló, deshojando tristemente ilusiones y esperanzas.

Cayeron otra vez, rosas sobre ella, pero éstas eran pálidas y blancas como hostias; alzó los ojos y miró ante sí un ángel esbelto y lánguido, que le traía la ofrenda del ensueño y de la luz. Ella extática la contempló un momento, y tendió las manos para recibirla; su belleza se hizo entonces luminosa como una estrella. El ángel la miró sonreído porque había triunfado, y arrebatando su alma voló con ella: era una paloma blanca.

Las novias risueñas

En el día de los blancos milagros y regocijos las novias risueñas llevarán rosas místicas para perfumar el ensueño de los ángeles; se embellecerán como nunca en el festín de los besos, y vestirán velos azules en la noche.

Ellas son propicias á los efluvios de la primavera y al toque de las campanas que llaman para la adoración del niño Jesús; son amadas de los blancos corderitos que vienen de la montaña en el día de las fiestas pascuales, y hasta de los pobres ancianos inválidos que van con sus báculos haciendo cruces sobre la arena del camino, porque no hay cosa más bella que la alegría de las novias risueñas que saben amar la vida.

Es día de alabanzas y regocijos porque es el día de los blancos milagros. Los niños en el coro cantan himnos, y como todo habla de sonrisas y tranquilas emociones, las novias risueñas tienen para las cabecitas infantiles caricias y besos; como es día de unción y gloria, el órgano resuena dulcemente, embelleciendo con su encanto la sombra del Paraíso. Y ellas, las novias risueñas, suspiran y se alejan, dejando en el altar rosas místicas para perfumar el ensueño de los ángeles.

Mujeres y sonrisas

Hay mujeres que no saben de la sonrisa ideal... Esas son las que preguntan si la luna es melancólica, ó si la música tiene conmovedoras ternuras y delicias. Vacías de todo ensueño y poesía ignoran la gracia oportuna para seducir, llenándose de artificios y ridiculeces que las hacen insoportables; por eso pasan marchitándose prontamente sin saber de la alta vibración del espíritu... Esas mujeres son flores sin perfume, lámparas sin lumbre, arpas sin cuerdas.

Hay mujeres que saben de la sonrisa ideal... Esas son las que tienen dulces pensamientos y miradas contemplativas para la luna, y

ternuras recónditas y embriagueces para la música que brota evocadora y nostálgica. Llenas de ensueño y poesía saben de la gracia oportuna para seducir, haciéndose irresistibles y eternamente juvenes, bajo la alta espiritualidad de sus encantos. Esas mujeres perfuman como bellas y azanas flores, brillan como lámparas magestuosas y radican, y vibran como arpas sonoras heridas por una mano sabia.

Manuel Conzuegra

San José

(Del libro *Harmonías espirituales*)

Medallón

Para Páginas Ilustradas

Negros como mis penas son sus ojos hermosos,
Tienen color de sangre sus labios primorosos
Y entre su boca el blanco de los dientes cautiva;
Su tez á la magnolia da envidia y da coraje
Y sus mejillas róseas le rinden homenaje
A su marmórea frente y á su mirada altiva.

¿De dónde habrá venido esta regia princesa
De alabastrina frente y de boca de fresa
De la que surge pura su voz que es melodía?
Ella nació de un beso que el arte dió á lo bello,
Por eso tiene negro, brillante su cabello
Y es su mirada un astro que da luz de alegría.

Sus brazos . . . ¡oh que brazos! Son los brazos perdidos
De la Venus de Milo, y fueron esculpidos
Para talvez con ellos aprisionar al poeta,
Y de su regio busto superior al de Aspasia,
Surge nívea garganta modelada con gracia
Donde las venas marcan un tinte de violeta.

Sus manos: de marquesa. ¡Quién pudiera sus manos
Besar enamorado venciendo los arcanos
Que ocultan el misterio de toda su altivez!
¡Quién pudiera á su oído recitar delirante
La canción sugestiva del soñador amante,
Que adorando su rostro se arrodilla á sus pies!

Y mientras en el pecho guardamos ese anhelo
Que por lo puro y noble es un jirón de cielo,
Rindámosle homenaje de leal admiración,
Ya que ella tiene un alma firme, como de oro,
Que guarda inmaculado de su amor el tesoro
Y es realidad hermosa de una hermosa ilusión! . . .

Alejandro Dutary

(Romeo)

La tarde enferma

La tarde enferma de calor, se tiende
sobre el austero campo de Castilla,
para morir en paz; el aire abrasa;
jadean en los surcos las espigas;
la tierra abre mil bocas de sedienta;
el cielo, en su implacable azul, la mira
sufrir, y no se duele
de la muda agonía . . .
Sobre la tarde enferma
ha puesto el alma una contemplativa
compasión hacia todo lo que sufre
como la tierra, hacia lo que agoniza
como la tarde cara al sol de junio,
y, á fuerza de pensar en las heridas
con que amor, sol y luna van poniendo
pechos en carne viva,
ha sentido pesar sobre sus hombres
buena parte del tedio de la vida,
y ha dicho: el hombre es como un viajero
que va en tren, por el yermo de Castilla,
bajo el sol, sudoroso, fatigado;
dejándose arrastrar, pero sin prisa,
porque sabe que al fin de la jornada
le está esperando la melancolía.

G. Martínez Pierra

(De *La Casa de la Primavera*)



Me han matado el corazón

Luna de enero es luna fría,
rosa de invierno es triste flor.
¡Ay! madre, ¡ay! madrecita mía
ya me han matado el corazón.

Lluvia de otoño es lluvia larga,
sol con nublado es triste sol.
No hay una cosa más amarga
que el recordar un viejo amor.

Arboles yertos no dan hojas,
pájaro enfermo no es cantor.
¡Qué de amárguras y congojas
deja al marcharse una ilusión!

Agua de abismo es agua ciega,
y linfa, así no tiene voz.
¡Ay! lo que espero nunca llega
y algo sin nombre espero yo.

Todo rosal ofrece espino;
viento del norte es muy traidor.
La volví á ver en mi camino,
lloré . . . pero ella no lloró.

Noche sin luz, noche sombría
es toda noche sin amor.
¡Ay! madre, ¡ay! madrecita mía
ya me han matado el corazón!

Luis Rosado Vega

(De *Libro de Ensueño y de Dolor*)



Letras

Con ese título, el alto poeta colombiano, Manuel Cervera, escribe los siguientes conceptos sobre el libro *Desde los Andes*, de Lisímaco Chavarría:

Chavarría es, en mi pensar, un brioso cantor de los trópicos; un poeta, si iniciado un tanto en el campo de la moderna literatura, sujeto—en algunas producciones—á las reglas de antes.

Su soneto *El Arado*, reproducido hace algunas semanas en este diario, es un soneto tendencioso, lleno de simbolismo y eficacia. Pero la composición más saliente de *Desde los Andes*, es el poema *Los Bueyes Viejos*, que dedica el autor á Magallanes Moure, quien, hace algún tiempo, publicó algo sobre el mismo tema, y mereció un juicio acertadísimo del conocido crítico Muñoz y Labastida, así como numerosas reproducciones en periódicos y revistas.

Los bueyes del poema de Chavarría traen á la memoria aquellos otros del cuadro de Joaquín Sorolla, el alegre pintor levantino. Ellos mugen nostálgicamente y, bajo el oprobio del pincho, miden la carretera; son tardos, enormes, taciturnos. Ellos:

“Conocen los ardores del verano,
del invierno la frígida inclemencia;
son eunucos, son parias del tormento
y esclavos del dolor y la fatiga
sin descanso, sin tregua. . . .”

En veces, la lira de Chavarría, tiene serenos acordes, actitudes soberbias. De su soneto *Al Odio*, extracto:

“Alzaste contra mí tu débil mano
y tu agudo puñal, en mis entrañas,
hundir á muerte pretendiste en vano”

Con el cieno que arrojas no me dañás,
pues reptiles que habitan el pantano
no pueden ascender á las montañas.”

Lo dicho: Chavarría es poeta, y buen poeta.

Manuel Cervera

(Tomado de *Rigoletto* de Barranquilla, Colombia).